

6

El combate urbano

Flabián Nievas

Crecientemente, en los últimos años, el espacio urbano se presenta como escenario de batallas. Se trata de un tipo de combate potencialmente peligroso —y hasta letal, en ocasiones— para las fuerzas militares más poderosas que se enfrentan con otras de menor potencial. En general, los ejércitos regulares tienden a rehuir al combate urbano, y solo lo libran cuando no tienen otra alternativa. Sin embargo este tipo de combate no es novedoso;¹ tiene su historia en el ejercicio militar, habiendo sido el proletariado revolucionario el primer sujeto que planteó el escenario urbano para el enfrentamiento, aunque no por un cálculo táctico, sino simplemente porque era su única posibilidad dado que la ciudad era su lugar natural de asiento. De modo que esos combates, que llamaron la atención teórica de Marx y Engels, son los primeros que se libraron en el escenario urbano.

La especificidad de este tipo de enfrentamiento lo diferencia claramente del tipo de combate antiguo y/o medieval, en el que tras el asedio de una fortaleza (ciudad-fortaleza) finalmente se entraba en la plaza. Allí el combate se circunscribía casi exclusivamente a los parapetos; una vez rota la línea de defensa, el resto era prácticamente aniquilamiento.

Nos interesa el combate urbano como una forma específica de lucha militar en el escenario actual. En el amplio espectro de acciones que encontramos en la guerra “difu-

¹ En efecto, este tipo de combate tiene una historia (Cf. Pinto Cebrian, Fernando; *Los conflictos bélicos y el fenómeno urbano*, Servicio de Publicaciones del EME, Madrid, 1988), particularmente en el cono sur, donde se desarrollaron experiencias sumamente peculiares de guerrilla urbana, en especial los Tupamaros uruguayos y el E.R.P. y Montoneros en Argentina, cuyas incursiones urbanas tuvieron precisión quirúrgica. No conocemos, hasta el momento, ningún estudio sistemático sobre estas actuaciones desde el punto de vista militar, aunque abundan sus referencias en los múltiples estudios sobre estas organizaciones.

sa” podemos determinar, al menos, tres que son las formas características del combate urbano:

- a) Generalizadas: se combate en toda la ciudad o en sectores de la misma (por ejemplo, en Mogadiscio, Somalia; en Fallujah, Irak, etc.).
- b) Acciones puntuales dinámicas: terrorismo o acción de guerra (un escalón más que el terrorismo) (por ejemplo, ataques en Londres, Madrid o Nueva York).
- c) Acciones puntuales pasivas: de carácter generalmente propagandístico, suelen ser suicidas por cuanto plantean una defensa pasiva (Teatro de Moscú en 2002, embajada de Japón en Lima, escuela de Beslán, en Osetia del Norte, etc.)

No faltarán quienes objeten que las acciones b) y c) sean incluidas como acciones de guerra. Pero la realidad se ha encargado de demostrar que es así. Cambiarle el nombre no cambia la realidad, aunque sí dificulta su comprensión. Por supuesto que para esas acciones no hay, prácticamente, defensa alguna desde el plano militar. La única defensa que se puede oponer es política. Nadie ataca ciudades sin motivo. La anulación de esos motivos es tarea política previa. Se trata de acciones que lindan entre lo militar y lo político, cuestiones que están íntimamente vinculadas, como ya lo advertía Clausewitz.

De todos modos trataremos particularmente el primer tipo, el de batalla generalizada, ya que los otros tipos son menos importantes en lo militar que en lo político, es decir que su abordaje debe ser preferentemente político.

La insurrección urbana

El combate urbano tiene su historia en la modernidad. Nació en las barricadas urbanas de París. Tras la caída de Napoleón en 1815 se impuso el régimen de la Restauración, sostenido por monarquías extranjeras. Entre otras medidas, se restringió el derecho a voto a la burguesía y la nobleza; el proletariado quedaba excluido. Como parte de esta política sobrevinieron fusilamientos de republicanos (el llamado “terror blanco”). En esas condiciones, el 26 de julio de 1830 los sectores pobres de París se sublevaron, levantando barricadas en la ciudad, haciendo huir al Rey.² Al calor de este levantamiento se produjeron oleadas en Bélgica, Polonia, Italia y Alemania. Aunque el movimiento resultó aplastado y se mantuvo la monarquía, el ejercicio de combate urbano dejó su huella, y en 1848 se produjo un nuevo levantamiento urbano. Nuevamente el proletariado lo protagonizó. Esta vez contó con el apoyo de la Guardia Nacional y, aunque el triunfo político fue para la burguesía, la lucha de calles fue el tipo de combate que primó, librado principalmente por el proletariado y la pequeña burguesía. En la insurrección de 1848, los obreros volvieron a usar la táctica de casi veinte años atrás: levantaron barricadas en las calles, haciendo inexpugnables por un tiempo esas fortificaciones precarias. Dos motivos ayudaban a esto: la alta densidad poblacional (850 hab/Ha., contra 100 a 250 hab/Ha. en las zonas residenciales) y la ubicación del centro político-administrativo en esa zona. La sinuosidad de las calzadas impedía el uso de cañones, de modo que era la

² Brito, Luis; “Arde París. 1789–2005”, disponible en <http://colombia.indymedia.org/news/2005/11/33793.php>

infantería la que debía concurrir al frente. En esa época —con una ciudadanización aún en constitución, pese al medio siglo de revolución— los obreros incitaban a los soldados a unírseles. Es decir que la barricada era un artilugio que tenía una faz práctica, y una que se puede calificar como político/moral —quizás la más importante—, como lugar de aglutinamiento y de potenciación de fuerzas.

Con estas dos rebeliones y la demostrada creciente capacidad de combate que desarrollaba el proletariado utilizando el espacio urbano como territorio propio, el barón Georges Eugène Haussmann (1809–1891) desarrolló un plan que pergeñó entre 1853 y 1869, y finalmente llevó a la práctica en 1870, justo antes de que estallara la guerra franco-prusiana.

Haussmann rediseñó por completo el centro parisino. Mandó demoler las barriadas obreras, con sus intrincadas calles de traza medieval, absolutamente irregular (la traza se iba configurando por simple anexión de edificios, sin una planificación) que era dominio casi exclusivo de los habitantes del lugar, por una serie de factores menores tales como olores rancios, estética que rechazaba la burguesía en ascenso, conocimiento de los circuitos y de los emplazamientos, etc.,³ los que, sumados, constituían un patrimonio de acceso y circulación excluyente del proletariado que habitaba allí. Con tales antecedentes, la obra de Haussmann tiene un gran sentido militar: grandes avenidas que facilitaban el desplazamiento de tropas y el tiro de cañones, accesos radiales, conexión entre los distintos centros gubernamentales, todo dispuesto de forma tal que la fuerza represiva se pudiese aplicar sin restricciones, libre de obstáculos arquitectónicos. Dispuso, además, la mudanza de los obreros a los suburbios (lo que provocó, además, una extraordinaria transferencia de renta urbana) y la instalación de cuarteles y centros policiales estratégicamente.⁴ Haussmann es, si no el primero en verlo, al menos el primero en tomar medidas importantes bajo la hipótesis de un enemigo interno.⁵

La guerra de la rata

En el siglo XX, la primera gran lección de combate urbano la aprendieron, amargamente, los alemanes. Sin dudas, la batalla de Stalingrado, conocida como “guerra de ratas” es ilustrativa en extremo sobre las características del combate urbano. Gran parte de la maquinaria de guerra alemana quedó imposibilitada de utilización (particularmente los tanques) debido al nivel de destrucción que ellos mismos habían producido. En vastos sectores de la ciudad no quedaban calles por las que circular; todo eran pilas de escombros de edificios derrumbados por los bombardeos aéreos y de artillería terrestre. De

³ Foucault, Michel; *Vida de los hombres infames*, Altamira, Montevideo, 1992, págs. 146/147.

⁴ Para dimensionar la transformación que produjo, baste con señalar que abrió 95 km. de calles nuevas que cortaron en varios sentidos la trama medieval e hizo desaparecer 50 km. de calles antiguas.

⁵ Engels, refiriéndose al “método Haussmann” dice: “Entiendo aquí por *Haussmann*, no solamente la manera [...] de trazar calles anchas, largas y rectas a través de los barrios obreros contruidos estrechamente, y bordearlas a cada lado con edificios lujosos; su finalidad era] la de carácter estratégico tendente a hacer más difícil la lucha de barricadas [...]. Entiendo por *Haussmann* la práctica generalizada de abrir brechas en barrios obreros, particularmente los situados en el centro de nuestras grandes ciudades [...]” Engels, Friedrich; “Contribución al problema de la vivienda”, en *C. Marx F. Engels Obras Escogidas*, Progreso, Moscú, 1974, tomo II, pág. 371.

modo que la lucha era cuerpo a cuerpo, casa por casa, habitación por habitación, pasillo por pasillo. La proximidad de las tropas, dado que el combate era cuerpo a cuerpo, más la nube de polvo por la destrucción, impedían la acción de la aviación alemana. La ametralladora, la bayoneta y la granada manual fueron las armas de uso real en ese combate.

Esa primera lección estableció claramente que en el combate urbano desaparecen las ventajas tecnológicas, que en este caso tenían los alemanes por sobre los rusos. Esto se acentúa si el territorio es de dominio del enemigo. La condición de “extranjero” cobra allí dimensiones dramáticas. El conocimiento/desconocimiento de la red cloacal, por ejemplo, posibilita tender o sufrir emboscadas.

El moderno combate urbano

Desde la batalla de Stalingrado al presente no solo ha transcurrido una apreciable cantidad de tiempo. También se ha incrementado el número de combates urbanos y el conocimiento sobre el mismo. Y cuanto más se lo conoce, más las tropas regulares le temen. Allí se deponen las sofisticaciones tecnológicas y es necesario avanzar con infantería, pues ni el bombardeo aéreo ni el de baterías terrestres tiene efectividad, por el contrario, producen escombros que dificultan la movilidad de la infantería. No resulta menor el hecho de la paridad en los sistemas de armas, pues sin ella, y sin un conocimiento acabado de la traza, se produce una clara desventaja psicológica. Debe agregarse que cuando se trata de combatientes insurgentes, éstos no suelen usar uniformes que los distingan, lo que genera más bajas en la población civil, cuyo costo político suele ser tan elevado que puede resultar determinante para la operación.⁶

Por otra parte, la traza urbana no permite que se desplacen grandes grupos, produciéndose una necesaria fragmentación que dificulta la coordinación y, en ocasiones, también las comunicaciones. Esto, sumado a la reducción de las líneas de visibilidad, propicia ataques del bando más débil, que sin ser letales para la fuerza convencional en su conjunto, la van erosionando, minando su fuerza moral, generando temor. El combate urbano es un escenario privilegiado para la aplicación de la máxima maoísta de transformar la relación 1 a 10 (relación general) en 10 a 1 (relación particular en la emboscada).

Para la fuerza convencional cada calle, edificio, cada vivienda, cada habitación, puede ser el refugio de un enemigo que está al acecho. Esto obliga a las fuerzas atacantes a “rastrillar” absolutamente todo, lo que supone grandes riesgos y, a menudo, fuertes bajas.⁷ Las restricciones políticas a la producción de una masacre de civiles dificulta

⁶ En el combate de Mogadiscio del 3 y 4 de octubre de 1993, murieron 18 soldados norteamericanos (otros 75 resultaron heridos) y alrededor de mil civiles somalíes. “A pesar de que las pérdidas y la proporción de bajas fue abrumadora en favor de Estados Unidos, que demostró claramente la superioridad y excelente equipamiento de la infantería norteamericana, el hecho fue considerado una derrota política por el Congreso estadounidense.” Marowsky Pilowsky, Carl; “Mogadiscio, nuevas formas de combate”, en *Military Review*, marzo-abril de 2004, pág. 69.

⁷ Comisión de Defensa del Centro de Estudios Nueva Mayoría; “Irak: la terrible realidad del combate urbano”, 30 de julio de 2004, en <<http://www.nuevamayoria.com/ES/>>. No es solamente la muerte del soldado enemigo lo que se busca. Actualmente en Irak, la resistencia aprecia mucho la mutilación (pérdida de miembros) de los soldados ocupantes, debido al fuerte impacto psicológico que supone; aunque también son capaces de destruir tanques de guerra mediante estos dispositivos.

aún más el desenvolvimiento eficaz en tales condiciones. Por supuesto que existen masacres, pero siempre suponen un alto riesgo político. Por esa razón los comandantes intentan, como pueden —es decir, masacrando tanto como puedan ocultar, aunque a veces esos cálculos son muy difíciles de realizar—, evitar una victoria pírrica.

Sintetizando, en el combate urbano se diluye la ventaja tecnológica y operativa de las fuerzas regulares aumentando la fricción y dejándola, en desventaja frente a los combatientes insurgentes. Alguien decía que en los cielos predomina la tecnología de vanguardia, pero en la tierra mandan los Kalaschnikov.

Veamos algunas características:

a) *Armamento*

Ya se ha visto que el armamento es liviano, y convencional. La insurgencia suele usar el fusil Kalaschnikov AK-47 y el lanzacohetes RPG, además de minas y explosivos terrestres.⁸ Las fuerzas convencionales suelen usar equipo también liviano, como ametralladoras *Heckler & Koch MP-5*, los lanzagranadas *SL-6* y *M203* con municiones de baja velocidad, para minimizar los efectos colaterales producto de los rebotes.⁹ También utilizan armamento propio de la policía, como gases lacrimógenos, bombas de estruendo, agentes paralizantes, etc.

No obstante, los ejércitos regulares insisten en el uso de apoyo aéreo para el combate urbano. Pero, para que sean relativamente efectivos se requiere que sean lentos y que puedan volar a baja altura —lo que da mayor precisión al ataque—, como los helicópteros de ataque o algunos aviones.¹⁰ Pero, como se evidenció en más de una oportunidad, esa característica esencial los vuelve vulnerables a armas simples como ametralladoras o lanzacohetes.

b) *Características del combatiente*

En lo que hace al equipo, el combatiente regular suele contar con un equipamiento individual relativamente sofisticado, con chaleco antibalas, máscaras protectoras, armazones, etc., que pueden dificultar su movilidad, además de volverlos plenamente visibles. Los combatientes irregulares no gozan de tal protección, pero cuentan con la ventaja de

⁸ Los DEI (dispositivos explosivos improvisados) se transformaron en una verdadera pesadilla para el ejército estadounidense en Irak. “De acuerdo con información del CENTCOM, en 2004 hubo 5.607 ataques con DEI; en 2005, hubo 10.953 [ocultos en] carros tirados por caballos, latas de pintura, bolsas de basura, botellas de plástico [...] cadáveres de animales y disfrazan las bombas como rocas o las cubren con yeso para simular trozos de concreto” (“El costado oculto de la derrota militar de EEUU en Irak”, Informe Especial, IAR Noticias, 24/03/06, disponible en la web en http://www.iarnoticias.com/secciones_2006/norteamerica/0021_los_buscabombas_irak_24mar06.html). La proliferación es tan elevada, que antes de concluir la “limpieza” de un camino, ya se han instalado nuevos DEI en las zonas rastrilladas.

⁹ Grau, Lester y Demarest, Geoffrey; “Edificios fortificados. Arquitectura controlada: un desafío para el guerrero urbano”, en *Military Review*, marzo-abril de 2004, pág. 30.

¹⁰ Entre otros, los “aviones de ataque A-10, que vuelan lentamente y a baja altura; los AV-8B *Harrier* del USMC; y los mortíferos aviones artillados AC-130”, Scales, Robert; “La guerra urbana: visión de un soldado”, en *Military Review*, mayo-junio de 2005, pág. 87.

la amplia movilidad física. La ropa civil no actúa como camuflaje, tal como se ha podido apreciar en los combates reales (se le dispara a cualquier civil que esté en el área de combate, lo que trata de minimizarse haciéndolo pasar por partisano). Pero la mayor diferencia parece estar en lo psicológico. El miliciano suele estar mentalmente preparado para morir, para el sacrificio, situación dudosamente equiparable en el combatiente regular, lo que se observa simplemente en la vestimenta: mientras el soldado regular tiene todas las precauciones (para preservar la vida) el combatiente partisano solo tiene movilidad (para poder asestar más libremente los golpes). La vestimenta es una metáfora de esa situación. Uno intenta contar la experiencia profesional; el otro intenta asestar el golpe más duro posible al enemigo, sin considerar su propia vida.

c) La logística

Una de las mayores preocupaciones es, para cualquier cuerpo armado, el mantenimiento operativo de su frente de combate, así como la evacuación de su personal cuando este es muerto o herido. En el combate urbano esta situación se extrema, ya que la línea de aprovisionamiento suele ser en sí misma un frente. Es sumamente difícil el establecimiento de corredores seguros. El combatiente irregular cuenta con la ventaja de que *toda* la ciudad es su retaguardia, incluso en las situaciones en que la misma está dominada por las tropas regulares. La sola incursión de tropas irregulares en una ciudad dominada por tropas convencionales es producto de una red civil que posibilita el desplazamiento y, por lo tanto, la retirada y la logística de los irregulares.¹¹

Los operativos de seguridad (por ejemplo, perros adiestrados en localizar explosivos) suelen requerir de una preparación a menudo más lenta que la utilización de los mismos, lo cual invalida o minimiza la eficacia de los mismos.

d) La organización

Aunque no se trata estrictamente de organización, podemos incluir aquí el problema de la comunicación. Resulta esencial para cualquier fuerza actuar articuladamente. La ciudad, cuya disposición física no fue dispuesta para el combate, impide —por la estrechez de sus calles— o vuelve inconveniente —por volverlos fáciles blancos— el desplazamiento de grandes contingentes. En consecuencia las tropas regulares deben conformar pequeños grupos que se desplazan más o menos aisladamente. La forma de articulación con el resto es, entonces, la comunicación, preferentemente electrónica. Sin embargo, una ciudad suele ser un mar de ondas electromagnéticas, que dificultan su recepción “limpia”. Hay obstáculos físicos (edificios) que pueden crear conos de silencio (espacios en los que no llegan muchas de las señales). En tal sentido, la relativa independencia operativa con que suele actuar el combatiente irregular, impensable en un enfrentamiento convencional, resulta en este escenario sumamente adecuada.

¹¹ Recuérdese la incursión del FDR salvadoreño en la capital de ese país en 1982 o las incursiones de Sendero Luminoso en distintas capitales de provincia peruanas.

El papel del combate urbano en los conflictos difusos

La importancia del combate urbano en las guerras “difusas” es notable a simple vista. En la medida que la disparidad de fuerzas sea tal que uno de los bandos no pueda ofrecer combate frontal, decididamente buscará el terreno en que mejor pueda desarrollar sus tácticas bélicas para confrontar a su enemigo.

Es necesario poner de relieve que el combate urbano no busca, por lo general, ganar militarmente una guerra. En todo caso busca ganarla políticamente, situación absolutamente evidente en la batalla de Mogadiscio. Se trata, en efecto, de producir desgaste en el enemigo, en aumentar la fricción. Pueden considerarse las experiencias urbanas de las diversas resistencias europeas en la segunda guerra mundial. La acción de los partisanos —término genérico que debe adecuarse a cada país en particular— intentaban minar la moral del combatiente alemán, y de fomentar una moral insurreccional en los propios connacionales.

El escenario urbano es especialmente útil para ambas cuestiones. Por una parte por los problemas psicológicos que genera en la fuerza atacada —sentimientos de angustia, aumento de la ansiedad, pérdida del sueño, stress, etc.—; por otra, por la influencia política en los pobladores ciudadanos que observan la vulnerabilidad de la fuerza invasora.

No deben tomarse aquí más que de manera general e indicativa estas proposiciones, ya que necesariamente debe contextualizarse la potencia del combate urbano de acuerdo a tres factores: el contenido de la guerra, el momento histórico en que se produce, y el lugar en que se desarrolla. La cultura de los habitantes ciudadanos es fundamental. Las reacciones frente a acciones puntuales son bien distintas, por ejemplo, en Israel, país que tiene una cultura de enfrentamiento urbano, con la registrada en Nueva York en oportunidad del ataque al World Trade Center. Aún así, la guerra entre Israel y Hezbo-llah (2006) demostró que la reacción ciudadana no siempre es monolítica frente a los ataques urbanos.

La respuesta que desde las fuerzas convencionales se intenta dar a este tipo de ataques es paradójica: aumentar la tecnología. Justamente el factor anulado por el escenario. Pero no es éste el mejor panorama, según los tecnólogos: “Los vehículos sospechosos pueden ser seguidos, y sus conexiones a la gente y a localizaciones ser determinadas. El avión pequeño puede llevar videos sacados de edificios urbanos así como de campos de batalla del desierto. Los sensores pueden ayudar a encontrar a un tirador emboscado midiendo la firma acústica de una bala. Y atorar los dispositivos puede bloquear a veces la detonación radio-controlada de las bombas del borde de una ruta. Pero las soluciones pasadas de moda de los seres humanos aún pueden ganarle a la tecnología. Nuestras redes realmente no tienen la sensibilidad de seguir a los enemigos poco convencionales.”¹²

¹² Talbot, David; “How technology failed in Iraq”, en *Technology Review*, noviembre de 2004. Disponible en la web en < http://www.techreview.com/Hardware/wtr_13893,294,pl.html > (Trad.: Marina Malamud).

